



www.loqueleo.com/ec

© 2006, Edgar Allan García

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-554-8

Derechos de autor: 024127

Depósito legal: 003296

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Abril 2006

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Julio 2016

Décima octava impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Prólogo y estudio: Francisco Delgado Santos

Ilustración de la portada: Bladimir Trejo

Actividades: Cecilia Velasco

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada (actividades)

Diagramación: Pamela Godoy

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

HISTORIAS ESPECTRALES

Edgar Allan García

loqueleto

Índice



Prólogo	9
Duendes	13
El Bambero y el Riviel (Esmeraldas)	15
La Piedra Yumba (Pichincha)	21
El jinete sin cabeza (Chimborazo)	25
La emparedada (Loja).....	29
El tesoro de Francis Drake (Manabí)	33
El espectro furioso (Cotopaxi).....	37
Taita Carnaval (Cañar).....	43
Los fantasmas del cerro Santana (Guayas).....	47
Ceferino y el demonio (Pichincha).....	53
El terrible Espíndola (Azuay).....	59
Los gigantes de Sumpa (Santa Elena).....	67
Un demonio en la Floreana (Galápagos).....	71
El Supay (Carchi).....	81
Bella Aurora (Pichincha).....	103
Estudio de la obra	115
Cuaderno de análisis	121

Prólogo

Por Francisco Delgado Santos



9

La actual literatura ecuatoriana para niños y jóvenes tiene en Edgar Allan García una de sus voces más representativas. El autor ha conseguido no solo una pródiga cosecha de premios literarios, sino algo que muy pocos pueden exhibir como carta de presentación: ocho ediciones de *Leyendas del Ecuador* en menos de seis años*.

Como bien sabemos, la leyenda es un relato de tradición oral basado, a veces, en acontecimientos históricos y, en otras, en la fabulación popular. En esta clase de relato prevalecen elementos fantásticos o maravillosos, frecuentemente de origen folclórico, y el protagonista puede ser un personaje, un sitio misterioso o un acontecimiento singular.

Nuestro país ha tenido varios recopiladores y recreadores de leyendas, entre cuyos más ilustres nombres se destacan los de Gabriel Pino Roca, Cristóbal de Gangotena y Jijón, Modesto Chávez Franco, Luis Napoleón Dillon, Reinaldo Murgueytio, Pablo Herrera, Inés y Eulalia Barrera, Darío Guevara, Paulo de Carvalho Neto, Alfredo y Piedad

* Espíritu protector.

Costales Samaniego, entre otros.

Cuando Edgar Allan García publica en el año 2000 sus *Leyendas del Ecuador*, rescata para sus lectores algunas de esas inolvidables historias escuchadas al calor de una taza de chocolate o de agua de cedrón, con toda seguridad durante la sobremesa y, por más señas, de los labios de la abuela o de los de algún otro adulto mayor de la familia: «La tunda», «Cantuña», «El padre Almeida», «La dama tapada», «El cucurucho de San Agustín»...

10 Y desde las primeras líneas se advierte que García ha logrado con estas historias lo que —si se me permite la comparación— el cantante mexicano Luis Miguel alcanzó con su particularísima interpretación de los boleros: una saludable renovación del género.

Edgar Allan apela a un estilo directo, poda arcaísmos y sustituye construcciones ambiguas, anacrónicas y complicadas, para ofrecernos un lenguaje fresco, coloquial, contemporáneo, salpicado de humor y de imágenes sugerentes. De allí que no sea gratuito el éxito de este libro.

Por cierto que algunos habrán objetado el proceder de García, argumentando que el papel del escritor respecto de la leyenda debe reducirse a registrar con fidelidad lo que existía ya, y a respetar al máximo la forma literaria en que llegó a su conocimiento, sin añadir nada fundamental a la anécdota, ni dejar en el texto las marcas indelebles de su estilo.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el autor, transgrediendo o no las normas de la poética, obtuvo un producto literario que cautivó a su público lector. Y ahora hace,

con estas *Historias espectrales*, una nueva y personalísima incursión en el género, para ofrecernos relatos no aptos para nerviosos, miedosos o cardíacos, como «El Bambero y el Riviel», «El jinete sin cabeza», «El espectro furioso» o «El Supay», junto a otros que permiten enriquecer la lectura de nuestra geografía, como «La Piedra Yumba», «El terrible Espíndola», «Un demonio en la Floreana», «El tesoro de Francis Drake», «Los fantasmas del cerro Santana», «Taita Carnaval» y «Los gigantes de Sumpá», y a un tercer grupo de textos no menos escalofriantes, en los que el simbolismo se enseñorea de la acción y cubre de un velo de misterio la atmósfera narrativa, como «Ceferino y el demonio» y «Bella Aurora».

Asistimos, pues, a un desfile de personajes y situaciones, cada cual más macabro: demonios a los que, si por mala suerte se los llega a topar, uno se muere ahí mismo, echando espuma por la boca; una roca negra, venida del más allá, que nos sigue los pasos, nos habla y se transforma en estrella con patas de murciélago; el cadáver de una mujer que murió emparedada por su padre y provoca pesadillas para que lo descubran; un espectro con la ropa en jirones, el rostro carcomido por alguna plaga inmundada, los ojos vacíos y los cabellos revueltos, que gritaba y maldecía estruendosamente; un gigante de apenas doce años, lleno de pelos en los brazos, en la espalda y en la cara, que se comía crudo a todo animal que pasaba por la montaña, después de perseguirlos, agarrarlos y partirles el cuello de una sola; un toro que se mete a la casa de una bella muchacha, derriba la puerta de su dormitorio y le cornea el corazón...

Si a pesar de todo lo dicho, están todavía dispuestos a aventurarse por el interior de estas páginas, los felicito por su valentía y les pido presentar mis respetuosos saludos a los espectros que les saldrán al paso. Es posible que sea lo último que hagan, pero creo que valdrá la pena...

12

Duendes (a manera de introducción)



Tenemos cerebro de nuez, manos de viento, ojos de búho, canto de lluvia, pasos de lobo, sueños humanos. Nuestra presencia se confunde con el vaho que derrama la luna llena o con el arcoíris que camina susurrando por los senderos perdidos, pero para la gente somos nadie, cosa común entre las cosas comunes, carne invisible a contraluz, nudo en el pelo de la niña más bonita, agujas que se pierden y reaparecen, un sombrero ancho que anda por todas partes y desaparece, canto de guitarra en la noche profunda, soplo sin viento que de golpe cierra la ventana y asusta a los niños sin quererlo.

13

Míralos, grita Carlitos. Escúchalos, murmura Sebastiana. Siéntelos, silba entre las encías don Camilo. Huélelos, sugiere la bella Adriana.

Y todos se quedan así, como suspendidos en el aire, viéndonos sin vernos, escuchándonos sin escucharnos, sintiéndonos sin sentirnos. Y es entonces cuando, aprovechando ese pequeño instante bajo la lluvia, hacemos nudos en las trenzas negras de la Sebastiana o ponemos sal en la taza de café de don Camilo. Bromas inocentes. Cosas de duendes. Simples ganas de jugar entre una eternidad y otra.

El Bambero y el Riviel (SAN LORENZO - ESMERALDAS)



En Semana Santa nadie podía bañarse en el río porque nos convertíamos en pejes, dijo don Julio Estupiñán, luego de echarnos el humo de su cachimba. Afuera las chicharras entonaban su música monótona y adentro una enorme mariposa negra daba vueltas alrededor de una de las velas. No podíamos partir leña porque decían que era lo mismo que darle hachazos a Nuestro Señor, continuó don Julio. Carraspeó y tragó un poco de agua zurumba, una deliciosa infusión de hojas de limoncillo y panela, mientras lo observábamos sin parpadear. Tampoco debíamos cortar una planta porque, según decían, era como si cortáramos en pedazos a Dios. Ni debíamos montar a caballo porque podíamos convertirnos en duendes. Estaba prohibido comer carne roja, pelear con los hermanos, decir malas palabras y tener pensamientos retorcidos. Mejor dicho, no se podía hacer casi nada, sentenció, y exhaló una gruesa bocanada de humo.

Se oyó el crujido cerca de la casa de caña donde estábamos. Don Julio abrió los ojos e hizo un gesto para escuchar mejor. El crujido de ramas secas quebrándose se repitió. ¿Qué es eso?, murmuró Anita. No sé, le dije en voz baja. Un animal, seguro. No, susurró don Julio, eso no es animal ni

nada que se le parezca, ese que anda por ahí no tiene cuerpo, pero se hace sentir, no es animal pero gruñe, no es hombre pero a veces grita como humano. Nos quedamos en silencio, entumecidos, esperando. Anita se pegó a mí, temblando. Adrián miraba a uno y otro lado, con los ojos muy abiertos, quizá buscando una señal que lo tranquilizara. Respirábamos agitados. Clavé la vista en don Julio: si algo estaba pasando allá afuera, él lo sabría primero que nadie. El crujido se repitió y algo gruñó muy cerca de donde estábamos. Otro silencio, largo, interminable. Hasta las chicharras se habían callado. Fue cuando estalló una risa de hombre, una risa ronca, convulsa, ahogada. Y luego, otra vez, silencio. Don Julio se persignó y solo entonces supe que ni él podría salvarnos de lo que estaba a punto de suceder. Contuve la respiración. Adrián agarró un palo de escoba que estaba sobre el piso y se apegó a Anita y a mí. Temblábamos sin poder detenernos, pero nada más sucedió.

Cuando las chicharras volvieron a cantar, don Julio exclamó con alivio: se fue por fin. ¿Quién?, alcanzó a balbucear Anita. Quién va a ser, el Bambero, pues, mijita, el mismísimo Bambero acaba de pasar por aquí. Yo miré la hora en ese instante: eran las doce y cinco de la noche. ¿Y quién es el Bambero?, preguntó Adrián. Ah, es una larga historia, dijo don Julio, volviendo a prender su cachimba. Ese es, digamos, un ser de los montes. Él se encarga de vigilar que nadie mate un animal si no es para comer. Y cuando encuentra que alguien ha matado, digamos, una tatabra o un saíno, y lo ha dejado tirado en el monte, lo sigue hasta donde vive y, ya de noche-cita lo asusta, lo asusta hasta que se coma al animal. Y si lo ha dejado herido, lo molesta hasta que lo cure y lo deje libre.

Ah, exclamó con alivio Adrián, entonces no es malo, es un ser bueno. Don Julio asintió y yo sonreí: Adrián era el típico muchacho de ciudad; me había dicho muchas veces que no creía en espíritus y que a él no lo asustaba nada. Y ahora estaba ahí, hablando de lo que él llamaría «un ser fantástico» como si fuera real. ¿Y por qué vendría a rondar su cabaña?, pregunté. Es que hace un tiempo maté un venado y, como cayó en una hondonada, no pude sacarlo. Esa misma noche vino a asustarme. Varias veces remeció toda la casa gritando ¡venado!, ¡venado!, ¡venado!... Yo temblaba de miedo como un bendito. Al día siguiente fui a ver al animal y con la ayuda del caballo de un vecino, lo arrastré para afuera y en la tarde asé en las brasas una parte y guardé con sal otra. ¿Y para qué volvería esta noche?, se inquietó Adrián. Ah, para hacerme acuerdo de que él anda por aquí. Apenas eso, para hacerme acuerdo. Y se quedó pensativo largo rato.

Tengo que ir al baño, me susurró Anita. Yo volví a sonreír, nervioso. ¿Al baño?, ¿en ese lugar? La única forma era salir de la casa de caña guadúa y hacer lo que tuviera que hacer, entre los montes. Toma la linterna, es todo lo que pude decir, y se la pasé. La mano le temblaba cuando la tomó, pero quizá por la urgencia, salió de inmediato a la profunda oscuridad de la noche. Si las cigarras cantan, no hay problema, niña, dijo don Julio tranquilizándola. El problema es cuando se callan, aseguró. Anita volvió casi enseguida, y esta vez el que salió fue Adrián. El último fui yo. Me tranquilizó escuchar el canto de las chicharras. En tanto ellas canten, no sucederá nada malo, pensé.

Mientras estaba ahí fuera, devorado por la inmensidad de la noche, un puñado de cocuyos pasó junto a mí, parpa-

deando su luz intermitente. El cielo debía estar nublado porque no se veía una sola estrella sobre mi cabeza. Me rodeaba el aroma poderoso de la selva y por unos instantes me sentí uno más de los seres de la espesura. De pronto me di cuenta: las chicharras se habían silenciado otra vez. Fue entonces que vi una luz débil y parpadeante bajando sobre el lomo del río. Parece que alguien viene, dije al entrar de nuevo a la cabaña. Don Julio se alarmó. ¿Quién?, preguntó sacándose la cachimba de la boca. Acabo de ver una luz que viene bajando por el río. Ay, Dios mío, exclamó, déjame ver. El anciano se levantó con una agilidad que me impresionó. Abrió a medias la puerta y observó. Ese que viene ahí sí es uno de los malditos, aseguró. ¿Quién es?, preguntó Adrián con un perceptible temblor en la voz, y de inmediato se acercó a donde estábamos don Julio y yo. Anita ni se movió, permaneció sentada en el suelo con los brazos cruzados sobre las piernas. Es el Riviel, dijo. Un hijo del demonio. Por las noches anda río arriba y río abajo, navegando dentro de un ataúd que tiene una vela encendida en la tapa. A veces saca la cabeza y se alcanza a ver una calavera horrible que lo mira a uno con ojos de fuego. Si por desgracia uno se lo queda viendo, pierde la voluntad en las piernas y al rato empieza a vomitar y vomitar. Ah, pero si el Riviel lo llega a topar, uno se muere ahí mismo echando espuma por la boca. Si pasa de largo, es posible que uno se salve.

Y, usted, ¿lo ha visto de cerca?, preguntó con ojos como platos Adrián. Claro, una vez, cuando era menos viejo, yo venía de una hacienda donde hubo un bailache, el cumpleaños de un compadre, y yo venía jumo, bogando en mi canoa, cuando lo vide. Al principio era como un relampagueo

que iba y venía. Y cuando me di cuenta, la luz parpadeante de una vela venía directo hacia mí. No sé cómo alcancé a esquivar el bulto y a agacharme. Un frío de cuchilla me recorrió de un tajo el cuerpo y empecé a temblar y a temblar. No podía parar. ¿Y qué pasó?, pregunté sin poder contenerme. Pasó que al otro día me encontraron echado sobre la canoa, arrimado contra unos palos de balsa. Estaba todo vomitado y sin fuerzas para nada. Dicen que me salvé de milagro. Uno nunca se muere la víspera sino cuando le toca, y punto. Pero bueno, ya pasó, dijo palmoteando. El Riviel ese ya se fue y es hora de dormir. Mañana va a ser un largo día.

Escuché otra vez el canto de las chicharras y de inmediato supe que todo estaba bien. Habíamos caído por casualidad en esa cabaña, porque se nos había hecho de noche y no habíamos podido dar con la hacienda de mis tíos. Don Julio Estupiñán nos vio pasar, nos preguntó en qué andábamos y cuando supo mi apellido, nos acogió en su cabaña. Yo era amigo de su abuelo, me dijo sonriendo con sus enormes dientes blancos. Ahora estábamos ahí, en mitad de la montaña, viviendo la experiencia más terrorífica de nuestras vidas.

Pese a todo, nos dormimos casi de inmediato, rendidos por el cansancio. Cuando nos despertamos al día siguiente, don Julio no estaba. Había un silencio extraño en el campo. Lo llamamos y no lo encontramos por ninguna parte, así que le dejé una nota agradeciéndole por su hospitalidad.

Cuál no sería nuestra sorpresa al enterarnos, tan pronto llegamos a la hacienda de mis tíos, que no se acordaban de ningún Julio Estupiñán por esos lados. Pero él dijo que era amigo de mi abuelo, protesté. Ah, claro, dijo mi tío Adalberto abriendo los ojos, entonces se trata del mismísimo Julio

Estupiñán. Sí, aseguró por su parte mi tío Nelson, el Julio Estupiñán que se salvó de milagro en un encuentro con el Riviel, río abajo, allá por 1952. Ese mismo, dije yo. Hay que agradecer a ese señor porque nos acogió en su casa y nos trató muy bien, expliqué. Pues eso no se va a poder, dijo mi tío Nelson, porque don Julio Estupiñán está muerto desde hace rato. Desde hace más de quince años, concluyó mi tío Adalberto. Y a nosotros, que escuchábamos boquiabiertos, se nos puso la piel de gallina.

20

La Piedra Yumba (ZÁMBIZA - PICHINCHA)



*Piedra Yumba, Piedra Yumba,
baila que baila en la penumbra.
Piedra Yumba, Piedra Yumba,
venida de la huaca profunda.*

21

Así cantaba mi abuela pájaro, así decía su voz alegre de más de un siglo, cuando empezaba su historia acerca de la piedra saltarina, de la piedra que corre y baila como danzante yumbo, sin que nadie la toque. Una se va por ahí, decía, una se va por allá, aseguraba, una se va dando una vueltecita por la montaña o viene regresando por la orilla del río muerto, pero no hay forma, les juro que no hay forma de escapar de la Piedra Yumba.

¿Qué es eso?, preguntábamos de niños, de grandes, y más tarde de viejos, y aunque sabíamos la respuesta, siempre esperábamos que la Piedra Yumba saltara de pronto de los ojos nublados de la abuela.

Es un pedrusco de este vuelo, decía la abuela con voz cascada, abriendo los brazos en cruz, una roca negra que se pone blanca, una piedra blanca que a veces se ve negra, una piedra venida del más allá. La Piedra Yumba te sigue

los pasos, te sale al paso y, paso a paso te dice en silencio: Yo soy la Piedra Yumba, miles de años tengo. De pronto está ahí, frente a uno, como una piedra cualquiera en cualquier noche de luna. Entonces se mueve y ya no es piedra sino luciérnaga con patas invisibles, estrella con alas de murciélago, relámpago blanco con cara de sombra, y baila, claro que baila la muy pícara, ahí mismo, frente a ti, como si una música silenciosa brotara del vientre de la noche. Quien la ve tiritar. Cómo no va a tiritar. ¡Pobre!

22 La abuela suspira: la Piedra Yumba quiere que aplaudas, que bailes con ella, que la sigas, pero nadie se atreve, dice la abuela, nadie se atreve porque más allá de Pillangua, puede estar la nada de la nada con sus dientes de bruma. Aunque quiere negarlo, la abuela se estremece cada vez que cuenta esta historia. Su voz se hace profunda, lenta, gruesa. Entonces sentimos que la noche, una noche antigua y lejana, se nos viene encima. En la memoria de la abuela, la Piedra Yumba sigue bailando, misteriosa. Unos dicen que es una piedra mala. Otros, que es una piedra buena. Que vino del cielo. Que llegó del infierno. Y hay quienes dicen que es muy posible que sea una piedra sagrada del tiempo en que los incas ni siquiera llegaban a estas tierras.

La gente aún le regala muñecos, aguardiente, gallinitas blancas. Que luego no se tocan. Que se dejan ahí para que la Piedra Yumba coma o beba. O para que se vaya, para que venga, para que se quede quieta, para que baile o se duerma. Con ella nunca se sabe, dice al fin, suspirando. Y empieza a cantar otra vez mi abuela, como para despejar las hilachas de la primera niebla:

*Piedra Yumba, Piedra Yumba,
baila que baila en la penumbra.*

*Piedra Yumba, Piedra Yumba,
venida de la huaca profunda.*



El jinete sin cabeza (RIOBAMBA - CHIMBORAZO)



El jinete sin cabeza cabalgaba todos los sábados por las calles de Riobamba, desatando el terror entre sus habitantes, en especial en aquellos que se atrevían a andar por las calles hasta altas horas de la noche, es decir, después de las ocho, porque a esa hora ya era tardísimo y a las nueve peor y a la diez ni se diga.

Afuera, el viento que venía del Chimborazo helaba hasta los huesos, mientras los contados faroles de sebo a duras penas si alumbraban el desigual empedrado. El tacatac tacatac del caballo se empezaba a escuchar lejano, como si viniera de la región de los sueños. Luego iba creciendo con los sonidos amortiguados de la noche hasta convertirse en un verdadero estrépito. Los que a esa hora se disponían a dormir, luego de tomar su chocolate caliente y rezar sus oraciones, empezaban a temblar bajo las pesadas colchas. Se escuchaba con claridad el chasquido del metal contra las piedras, el tintineo de los arneses, el resoplido de la bestia que pasaba como un rayo por las calles solitarias.

Los pocos valientes que alguna vez espionaron por las rendijas de las ventanas juraban haber visto a un jinete vestido de negro entero, sobre un corcel azabache, pero... sin